

Creemos sinceramente que la del señor González de Amezúa llena cumplidamente estos difíciles requisitos y que su aparición constituye un verdadero acontecimiento entre nuestras publicaciones contemporáneas.

Se refiere este estudio, como indica su autor, a la época más atractiva, amable y simpática de la vida de Felipe II y completa de una manera inequívoca y perfecta aquella faceta sentimental, dulce y humana del monarca advertida desde que publicó Gachard las cartas que dirigió desde Lisboa a sus hijas Isabel Clara Eugenia y Catalina. No se trata de una historia anovelada, que ni es novela ni es historia, según observó Gallardo, sino de un veracísimo relato documentado y vivo, en el que se sigue día por día la vida de la reina desde su nacimiento, su infancia en la Corte de su padre, Enrique II; su educación, sus lecturas, sus aficiones poéticas, los proyectos para su matrimonio con Eduardo VI de Inglaterra, con el príncipe don Carlos y, por fin, con Felipe II, viudo de María Tudor.

El viaje a España en el crudísimo invierno de 1559 a 1560, el encuentro con su esposo, las bodas reales, la organización de su casa, el complicado mundo femenino que la rodeaba, los deliciosos episodios de su estancia en Aranjuez, con las graciosas e ingenuas travesuras en que participaba, en unión de su cuñada la princesa doña Juana; las fiestas escénicas, bailes, mascaradas y juegos en el Alcázar madrileño, «son prueba irrefragable de que no fué aquella Corte tan sombría y tétrica como han dado en pintárnosla los historiadores extranjeros, y que la breve existencia de doña Isabel en ella discurrió todo lo alegre y entretenido que nuestras costumbres severas consentían y que la majestad real podía tolerar».

La figura grácil y gentil de aquella reinicita francesa de catorce años, «de ojos alegres y buenos», con sus joyas, sus preseas, sus vestidos, sus cosméticos, sus muebles, sus relojes, sus perrillos, sus bufones, sus cacerías y sus deportes, sus aficiones y sus caprichos, se nos mani-

fiesta llena de encanto y de deliciosa femineidad en uno de los capítulos más primorosos, cuidados y bellos de este libro inestimable, en el que se ponen a contribución correspondencias diplomáticas, relaciones de embajadores, testimonios literarios y áridos legajos de cuentas con singular e insuperable maestría. Del mismo modo se describen sus cualidades morales, su sencillez, su bondad, su honestidad, su virtud y hasta sus pequeños defectos: su indolencia, su aprensión y en ocasiones su excesiva afición al juego, «sombras y lunares que no empañan la hermosura de su alma ni afean la excelencia de su carácter moral».

El último capítulo del primer volumen está dedicado en toda su integridad al análisis crítico de un aspecto de la vida del rey muy discutido y hasta ahora poco estudiado. Refiérese a sus intimidades amorosas, de las que se apoderó la leyenda negra para deformar su semblanza y urdir, entre otras, «aquella gran patraña de las relaciones incestuosas de doña Isabel con su entenado el príncipe don Carlos, que con los años llegaría a ser uno de los capítulos más resonantes y escandalosos» de la expresada leyenda. Los orígenes y el desarrollo de esta calumnia a través de Branthôme, de Loyseleur, de Mayenne-Tourquet, de Leti y de otros escritores y libelistas, que se sirvieron «del don divino de la palabra para trazar las más absurdas y difamantes novelas, convirtiendo a la Historia, como decía Lamartine, en la calumnia de los muertos», se detallan de un modo preciso, documentado y lleno de amenidad, determinando con justeza los rasgos del carácter del monarca, las muestras de cariño, solicitud y delicadeza con que rodeó a su esposa y «las flaquezas y caídas propias de su humana condición».

En el volumen segundo, y a través de la correspondencia de la reina con su madre, Catalina de Médicis, se advierte la paulatina seguridad que adquiere doña Isabel, tímida, obediente y sumisa al principio, y cautelosa, hábil y aplomada a medida que transcurren los ochos